

La metáfora y la constitución de mundos. Significaciones y sentidos

Martín A. Properzi

Universidad Nacional del Comahue

Resumen

¿Es acaso la metáfora el uso de una forma para redescubrir el mundo? Desde el pensamiento de Paul Ricoeur, es posible pensar en ella como un acontecimiento y una tensión, como irrupción y novedad. La propuesta de Ricoeur caracteriza a las verdaderas metáforas como intraducibles, a excepción de las metáforas de sustitución que serían el objeto de una traducción que apunta a la restauración de su significación literal. Las metáforas de tensión no son traducibles porque ellas crean su propio sentido –expresará Ricoeur– con una paráfrasis infinita, sin que la producción innovadora de sentido sea agotada. Para Ricoeur, tampoco se trata de un ornamento del discurso. La metáfora no cumple solamente con un valor emotivo, sino que ella ofrece una novedad, trae una información, “nos dice algo nuevo sobre la realidad”. La cuestión de la metáfora es la puesta en escena de una tensión que se debate como el origen primal de los conceptos poniendo en entredicho las representaciones del mundo y su captura “clara y distinta” a través del lenguaje literal, o como mero instrumento retórico para decir de maneras diferentes aquello que ya está esclarecido mediante un lenguaje más bien unívoco o anclado en el lenguaje proposicional, es decir, como una expresión didáctica para ejemplificar lo que ya es sabido. El propósito de este escrito no es otro que la de hacer un rastreo –al modo de un comentario minucioso y esquemático– por alguna de las propuestas de Paul Ricoeur en torno a la noción de metáfora.

Palabras claves: metáfora – interpretación – sentidos – referencias.

Summary

Is metaphor the use of a form to rediscover the world? From Paul Ricoeur's point of view, it is possible to think of it as an event and a tension, as irruption and novelty. Ricoeur's proposal characterizes true metaphors as untranslatable, with the exception of metaphors of substitution that would be the object of a translation aiming at the restoration of their literal meaning. Tension metaphors are not translatable because they create their own meaning - Ricoeur will express - with an infinite paraphrase, without the innovative production of meaning being exhausted. For Ricoeur, neither is it an ornament of discourse. The metaphor does not only fulfill an emotive value, but it offers a novelty, it brings information, "it tells us something new about reality". The question of metaphor is the staging of a tension that is

debated as the primal origin of concepts, questioning the representations of the world and its "clear and distinct" capture through literal language, or as a mere rhetorical instrument to say in different ways that which is already clarified through a rather univocal language – or anchored in propositional language, that is, as a didactic expression to exemplify what is already known. The purpose of this paper is none other than to trace - in the form of a detailed and schematic commentary - some of Paul Ricoeur's proposals on the notion of metaphor.

Keywords: metaphor - interpretation - meanings - references.

La pregunta por la metáfora –como fuerza heurística- se interroga sobre las diversas condiciones de posibilidad de los procesos cognitivos y de los procesos de creación. Así como su lugar en las “interpretaciones” en la relación con los otros, el entorno, la escritura, los textos, lo “otro”, lo diferente y nosotros mismos. Me atrevería a conjeturar -a partir del tratamiento que realiza Ricoeur- que la metáfora es como un órgano de percepción, en la que la interacción metafórica con el texto y con el mundo enlaza sentidos, símbolos, signos... y otras metáforas. Si la metáfora es un “ver cómo”, entonces, es una especie de prisma hermenéutico en relación con la otredad del texto.

Existe el problema de la interpretación porque hay textos escritos. No es posible afrontar el problema de la interpretación si a la vez no se enfrenta el problema de la escritura. Los textos escritos ya producen una transformación en relación al mensaje y al discurso hablado. Con el discurso escrito, la intención del autor y el sentido del texto dejan de coincidir. La inscripción se vuelve sinónimo de la autonomía semántica del texto. Esto significa que el texto rompe las amarras con la intención mental del autor, con la situación de la obra y con la remisión al lector original.

Los problemas de la hermenéutica con respecto a la interpretación de textos serán decisivos para los problemas de la metáfora planteados por las disciplinas que conciernen a la metáfora. Unas y otras se interpelarán e interpolarán, y construirán respuestas entrelazadas, que van de la metáfora al texto y del texto a la metáfora. Ricoeur enuncia que la hermenéutica comienza allí donde termina el diálogo. Los textos no pueden hablar, es decir, en la relación que se da entre texto y lector hay uno que habla por los dos. Termina el diálogo porque los textos no dialogan. Esto quiere decir que el problema central de la disciplina hermenéutica es el de la interpretación de los textos y lo vincularemos con la noción de metáfora en una especie de doble movimiento: el camino de la explicación (de la metáfora al texto) y el camino de la interpretación (del texto a la metáfora).

Existe el problema de la interpretación porque hay textos escritos. Los textos, de hecho, son instancias de lenguaje escrito, y no es posible afrontar el problema de la interpretación si a la vez no se enfrenta el problema de la escritura. Los textos escritos ya producen una transformación en relación al mensaje y al discurso hablado. La escritura es la manifestación íntegra del discurso.

Con el discurso escrito, la intención del autor y el sentido del texto dejan de coincidir. La inscripción se vuelve sinónimo de la autonomía semántica del texto. Esto significa que el texto rompe las amarras con la intención mental del autor, con la situación de la obra y con la remisión al lector original. Si existen problemas de interpretación es porque la relación leer-escribir no es un caso particular de la relación hablar-escuchar tal como acontece en una situación dialogal (frente a frente).

Tanto la teoría de la metáfora como la teoría del texto pertenecen al terreno común del discurso. La primera impresión es la de pensar el texto y la metáfora como “formas” en las que el discurso se inscribe, se traslapa, se entrecruza en esa interrelación de entidades, pero irreductibles a una estructura formal o a un mero juego de identificaciones. Pareciera que hay metáforas y textos y con esa materia prima de tropos y proposiciones damos cuenta de la estructura del discurso (intercalo algo que se llama texto con algo que se llama metáfora). Pero decir eso es no decir (casi) nada de esa compleja interacción entre texto y metáfora. Quedaría pensar en darle un estatuto a eso que nombramos como “discurso”.

Entre metáfora y texto hay una primera diferencia, y es que ambas tienen extensiones diferentes. Una medida de base para comparar esas dos entidades puede ser la de la frase. Un texto puede estar configurado por una sola frase, pero pueden extenderse hasta alcanzar la forma de un párrafo o de un capítulo, de un libro, de una selección de obras hasta el corpus total de las “obras completas” de un autor.

Así como el texto puede ser identificado en su extensión, la metáfora puede serlo en base a su extensión mínima, la palabra. Lo que parece evidente, en el sentido de que una palabra es metáfora de otra, comienza a complejizarse si se apunta a mostrar que no existen las metáforas cuando ciertos contextos están ausentes. Quizá haya que dejar de hablar de metáfora y sustituir esa expresión por la de “enunciados metafóricos”, implicando con ello, la extensión de una frase, la “torsión metafórica” que llega a la palabra; el cambio de significados que requiere la contribución entera del contexto que afecta en sí a la palabra. Es la palabra la portadora de la “significación emergente” que ciertos contextos específicos le confieren.

Ricoeur traza esta primera distinción formal en torno a la extensión entre la metáfora y el texto o, dicho de otro modo, entre la palabra y la obra, para construir el problema desde un lugar más preciso:

en qué medida es posible tratar a la metáfora como una obra en miniatura; o de qué manera una obra, como un poema, puede ser considerado como una metáfora extendida o sostenida.

La respuesta a estas preguntas implicará analizar la noción de discurso, si es así que texto y metáfora, obra y palabra, caen bajo la categoría del discurso. Es preciso detallar algunos rasgos que se dan en el discurso. Todos ellos, bajo formas paradójicas, es decir, como contradicciones aparentes.

El discurso es el acontecimiento del lenguaje. Es la contraparte de comprender el lenguaje como el sistema de la lengua, la estructura o el código. El acontecimiento es lo evanescente, desaparece mientras los sistemas permanecen. Pero como señala Ricoeur, los sistemas en sí no existen, tienen una existencia virtual. Solamente los mensajes le confieren realidad al lenguaje. Es el discurso el que le da fundamento a la existencia misma del lenguaje, puesto que los actos de discurso discretos y cada vez únicos son los que actualizan el código. Pero definir la instancia del discurso solamente como un acontecimiento evanescente no sería esclarecedor, ya que un acto de discurso no es meramente transitorio y evanescente. Puede ser identificado y re identificado como lo mismo para que podamos decirlo otra vez, o en otras palabras. Hasta podríamos decirlo en otra lengua, o traducirlo de una lengua a otra. A través de todas estas transformaciones conserva una identidad propia que puede ser llamada el contenido proposicional, lo “dicho como tal (Ricoeur, 2006: 23).

El discurso aparece bajo una relación dialéctica (aquí se muestra la paradoja), ya que entrama una relación entre acontecimiento y significado. Todo discurso se produce como acontecimiento, pero se comprende como significación. El discurso se configura como una unidad dialéctica entre el acontecimiento y el significado. La significación tiene una estructura específica, la de la proposición. Dentro de ella se desarrolla una oposición interna entre sujeto y predicado, ambos polos no realizan el mismo oficio. El sujeto selecciona algo que es singular (Juan, el volcán Lanín, este libro, la primera mujer que escaló el Monte Everest, etc...) y el predicado designa un tipo de cualidad, una clase de cosas, un tipo de relación o un tipo de acción. Señalo algo particular y a eso le asigno un predicado universal.

Esta polaridad fundamental estructura la proposición (identificación singular y predicación general o universal) y muestra que el discurso no es solo un objeto evanescente, es decir, una entidad irracional. El discurso está conformado por una estructura propia pero no en el sentido del estructuralismo, esto es, como una combinatoria de oposiciones previas entre unidades discretas. Se trata de una estructura en un sentido sintético, es decir “entre el entrelazamiento y la acción

recíproca de las funciones de identificación y predicación en una y la misma oración” (Ricoeur 2006: 25)

Lo que aquí se verá es que la metáfora también reposa sobre esta “atribución” de caracteres al sujeto principal de una frase. El discurso, en tanto que frase, también implica la polaridad del sentido y la referencia. Se trata de distinguir entre lo que la frase dice y acerca de lo que está dicho. En la frase el lenguaje se dirige más allá de sí mismo. Hablar es decir algo acerca de algo. Ricoeur ve en esta polaridad algo que puede ser tomado como una guía independiente. Solo esta polaridad dice algo acerca de la relación entre el lenguaje y la condición ontológica del ser en el mundo. Puesto que el lenguaje no es un mundo (ni un mundo propio). Pero el hecho de estar y ser en el mundo, y de vernos afectados por múltiples situaciones, y porque comprensivamente nos orientamos en esas situaciones, es que tenemos algo que decir, “tenemos experiencia que traer al lenguaje” (Ricoeur 2006: 35). La noción de llevar experiencia al lenguaje es la condición ontológica de la referencia.

Esta polaridad será esencial cuando Ricoeur trate de religar el problema de la explicación a la dimensión del sentido, entendido este como el deseo inmanente del discurso; así como vinculará los problemas de la referencia, comprendida esta como el poder que tiene el discurso de aplicarse a una realidad extralingüística a propósito de la cual dice lo que dice.

El discurso, en tanto acto, puede ser considerado desde el punto de vista del “contenido” del acto proposicional o desde el punto de vista de la “fuerza” (Austin) del acto completo del discurso. Es decir, lo que yo digo de un sujeto es una cosa (acto proposicional), lo que yo “hago” diciendo es otra. Puedo estar describiendo algo, o advertirle algo a alguien, o proferir una promesa, etc. Ahí reside la polaridad entre el acto locucionario (el acto de decir) y el acto ilocucionario (lo que hago diciendo). Cabe preguntarnos si esta distinción es útil al momento de analizar los enunciados metafóricos. La primera impresión pareciera alejar esta polaridad de esa pretensión, pero será importante advertir que esta misma polaridad tendrá un rol decisivo cuando haya que colocar la metáfora en un entorno concreto, como el de un poema, de un ensayo, de una obra de ficción.

Es fácil ver que el texto es un discurso, que se compone de una sucesión de frases, pero necesita algo más para ser una obra. Pero el texto, como mínimo, es un conjunto de frases, es discurso. El problema aparece con la metáfora. Si definimos a la metáfora como una transposición que afecta solo a nombres y palabras, la metáfora estaría ubicada en una categoría de entidades que son menores que la frase. De algún modo, lo que se plantea aquí es que la conexión entre metáfora y discurso necesita de un tratamiento especial.

Si vamos al plano lexical de las palabras, ellas tienen más de un significado. Son polisémicas. Pero tales significados son potenciales, se actualizan en el contexto de una frase. Solo en su interacción con la frase las palabras toman una parte de su potencial semántico y realizan un sentido determinado. El modelo de la acción contextual permite construir discursos unívocos con palabras polisémicas, y a su vez, el mismo modelo da lugar a esa otra acción contextual “por la cual extraemos palabras, cuyo sentido ya está codificado por el léxico, de los efectos metafóricos propiamente inéditos” (Ricoeur 2008: 43). Dicho esto, lo que habría que asumir es que el efecto de sentido que llamamos metáforas se inscribe en la palabra, y este efecto de sentido nace por una acción contextual que pone en interpretación los diversos campos semánticos de varias palabras.

Ahora bien, la significación metafórica no es algo que podamos encontrar en un diccionario. Podemos oponer, si es así, el sentido literal del sentido metafórico, pero el sentido literal es la totalidad del área semántica; por tanto, el conjunto de los usos contextuales posibles que constituyen la polisemia de una palabra. Por lo tanto,

si el sentido metafórico es algo más y distinto de la actualización de uno de los sentidos potenciales de una palabra polisémica (...), es necesario que este empleo metafórico sea solo contextual; entendemos por esto un sentido que emerge como resultado único y fugitivo de una acción contextual (Ricoeur 2008: 44)

La significación metafórica de una palabra acontece en contextos específicos y es esa palabra la que se opone a otras tomadas literalmente. El desplazamiento de significaciones se realiza en una colisión entre significaciones literales, la cual excluye el sentido literal y da indicios, señales, signos para encontrar una significación nueva capaz de concordar con el contexto de la frase y tenga una significancia relevante en el contexto considerado.

Con todas las disonancias y distanciamientos que planteará Ricoeur de esta teoría de la Metáfora (I.A. Richards, M. Black, etc.), conserva de esa secuenciación del problema de la metáfora los siguientes puntos: reemplazar una teoría sustitutiva de la metáfora (reemplazar una palabra por otra, restituir la metáfora a la palabra enlazada al significado original) por una teoría semántica de la interacción de los campos semánticos, rol decisivo de la colisión semántica que llega hasta el absurdo lógico, emisión de una partícula de sentido que impregna de sentido a la frase entera.

Ricoeur encuentra que de la teoría interaccionista satisface algunas de las polaridades del discurso que describió antes. Aquí ya no se hablará más de metáfora sino de la metáfora como frase. Uno de ellos es el de acontecimiento y sentido, donde la acción contextual crea una

nueva significación y entonces sucede como acontecimiento, ya que existe únicamente en este contexto. Al mismo tiempo, es identificable como la misma. Solo las “metáforas vivas” son acontecimiento y sentido. Cuando el efecto de sentido de la metáfora ha quedado sedimentado en la comunidad de la lengua, lo que ha hecho es ensanchar la polisemia de la palabra, pero dejó de existir como novedad. Pasó a ser una “metáfora muerta”. La acción contextual se cruza con la segunda polaridad del discurso, la de identificación singular y predicación universal. Una metáfora se dice de un sujeto, opera como una suerte de atribución en tanto modificador de ese sujeto principal. Todas las teorías interaccionistas comparten esta estructura predicativa: en Richards, oposición del “vehículo” al “contenido” (tenor), en Max Black, oposición del “encuadre” (frame) al “hoga” (focus), entre otros.

¿Cómo interacciona a la teoría de la metáfora con el resto de polaridades (sentido y referencia; referencia a la realidad y referencia a sí)? Tendrá que ser resignificada e iluminada a partir de una teoría específica del texto como mediadora que alcance a la teoría de la metáfora. Las oposiciones no siempre son tan discernibles en los límites de los enunciados metafóricos. Cabe entonces preguntarse, siguiendo la huella de Ricoeur, si una teoría del texto y una teoría de la metáfora conllevan procesos similares aplicados a los niveles estratégicos del discurso: el nivel de la obra y el nivel de la palabra.

Ricoeur esboza una primera hipótesis. Comprender metáforas será guía para la comprensión de textos más largos, como una obra literaria. Es el punto de vista de la explicación. Lo que pone en juego dentro de la significación entra en el plano del “sentido”, lo inmanente en el discurso. A su vez, la “comprensión” de las obras entendidas como una totalidad singular da las pistas para la interpretación de las metáforas. Aquí se desarrolla el segundo aspecto de la significación, el de la “referencia”, es decir, el de esa doble direccionalidad reflexiva que va hacia un mundo y hacia un sí mismo. Esta es la segunda hipótesis.

La explicación se aplica al sentido, en tanto plan inmanente de la obra. La interpretación, por otro lado, al poder de una obra de proyectar un mundo propio y poner en juego el movimiento del círculo hermenéutico, que tienen que ver con la apropiación de lo extraño, el distanciamiento productivo, la aprehensión de nuevos mundos y la metamorfosis que produce la comprensión de sí en presencia de estos nuevos mundos (veremos que interpretar es salir transformado). Explicación e Interpretación se diferencian, pero ambos procesos comprenden un todo:

Nuestra hipótesis de trabajo nos invita, en consecuencia, a proceder de la metáfora al texto en el nivel del “sentido” y de la “explicación” del sentido, -luego del texto a la metáfora en el nivel de la referencia de la obra a un mundo y a un sí mismo, es decir,

en el nivel de la interpretación propiamente dicha (Ricoeur 2008: 46).

Hay que subrayar algunos aspectos específicos de la explicación de la metáfora que sirvan de paradigma a la explicación de un texto. Se trata de encontrar una significación que sea una nueva significación. Y el tratamiento de esta identificación es tomarla como la única que le permite dar sentido a la frase tomada como un todo.

Existen metáforas triviales (como el “el hombre es un lobo”), y estas se basan, según lo consideran autores como Max Black y Beardsley en que la significación de una palabra no pende solamente del conjunto de reglas semánticas y sintácticas que se aplican a ella. Lo que se pone en juego es un sistema de implicaciones donde se ponen de relieve aspectos nuevos del sujeto principal. Ricoeur trata de pensar esta explicación a la luz de la descripción de la metáfora como significación nueva que sobreviene en un nuevo contexto. ¿Qué habría que decir de ella?

Por un lado, toma la “concepción de interacción” implicada en esta explicación. La metáfora es mucho más que la sustitución por la cual una palabra sería puesta en lugar de la palabra literal. Palabra que una paráfrasis exhaustiva restituiría el lugar primigenio de la palabra literal. Pero de esta operación no emerge ninguna significación nueva y no aprendemos nada de ella. Pero todavía queda decir algo acerca del “sistema de lugares comunes asociados” y las reglas culturales que gobiernan su empleo. Este sistema si bien parece algo muerto, interviene de algún modo, para que la acción contextual sea una acción reglada y para que la construcción de una nueva significación obedezca alguna prescripción. Ricoeur encuentra que en la teoría de Max Black existe la posibilidad de que las metáforas sean sostenidas por sistemas de implicación especialmente contruidos como también por lugares comunes asociados. Ricoeur ve el problema especialmente en esos sistemas de implicaciones contruidos.

La teoría de la metáfora de Beardsley parece ir más lejos. Si se resalta el rol del absurdo lógico entre significaciones literales en el interior del mismo contexto, hay una disposición a reconocer el carácter propiamente creador del efecto de sentido metafórico. El absurdo se revela con el solo intento de interpretar literalmente una expresión. El absurdo crea una situación de elección, ya sea la de preservar la significación literal del sujeto y el modificador y concluir que la frase es absurda, o bien, atribuirle una nueva significación al modificador, de tal modo que la frase en su totalidad adquiera un nuevo sentido. Nos encontramos con una atribución “autocontradictoria significativa”. ¿De dónde se extrae esa nueva significación? La respuesta quedaría vacía si seguimos insistiendo que se extrae del sistema de implicaciones

asociados, ya que las metáforas no se limitan a actualizar una connotación especial. Ricoeur va más lejos:

(...) hablar de propiedades de cosas (o de objetos) que no han sido aún significadas es admitir que la nueva significación emergente se extrae de la nada, al menos en el caso del lenguaje (la propiedad es una implicación de cosas y no una implicación de palabras). Decir que una metáfora nueva es extraída de la nada es reconocerla por lo que ella es, a saber, una creación momentánea del lenguaje, una innovación semántica que no tiene estatuto a título de designación ni a título de connotación en el lenguaje ya establecido (Ricoeur 2008: p. 48).

¿Es posible hablar de innovación semántica o de acontecimiento semántico, como una significación capaz de ser identificada y re-identificada? La respuesta solo es posible darla si tomamos el punto de vista del lector o auditor, y tratar la significación emergente como “la contrapartida, de parte del autor, de una construcción por parte del lector. Entonces el proceso de explicación es el único acceso al proceso de creación” (Ricoeur 2008: 49)

Podemos decir que la metáfora no es la sustitución de una palabra por otra. Esta sustitución se trata de una operación estéril. Lo que más valor tiene en una metáfora es la tensión entre dos interpretaciones, una literal y otra metafórica, en el nivel de una oración o una frase entera. Suscita una verdadera creación de sentido. La “tensión metafórica”, a diferencia de una teoría de la sustitución, hace emerger una nueva significación la cual incluye la frase o la oración completa. Esta tensión metafórica no es algo que sucede entre dos términos de una misma expresión, sino entre dos interpretaciones opuestas a la misma. Lo que sostiene a la metáfora es el conflicto entre estas dos interpretaciones.

La interpretación metafórica presupone antes una interpretación literal que se auto-aniquila en una contradicción significativa. Este proceso de transformación o autodestrucción produce un tipo de fuerza sobre las palabras, una extensión de las palabras, gracias a la cual podemos comprender que una interpretación literal nos resulta totalmente incongruente. La metáfora aparece como una réplica a la inconsistencia en la expresión metafórica literalmente dispartada.

Una metáfora es una creación, una innovación semántica que no tiene reconocimiento en el lenguaje ya establecido, y que solo existe debido a la atribución de un predicado inusual o insospechado. La metáfora, en el decir de Ricoeur, es más la resolución de un enigma que una simple asociación construida a partir de la semejanza; está constituida por la resolución de una disonancia semántica.

Este es el momento clave de la explicación, el de la construcción del conjunto de interacciones que hace, además, de este contexto un

contexto actual y único. Se produce un acontecimiento semántico en el punto de intersección entre varios campos semánticos:

Esta construcción es medio por el cuál todas las palabras adquieren sentido. Entonces, y solo entonces, la ‘torsión metafórica’ es a la vez un acontecimiento y una significación, un acontecimiento significante, una significación emergente en el lenguaje (Ricoeur 2008: 49).

Las metáforas vivas son metáforas de invención. Se convierten en una expansión del sentido al dar respuestas a las discordancias en la frase. De aquí, antes de ir explícitamente a la explicación de la metáfora al texto, podemos extraer con Ricoeur dos conclusiones: 1) Las verdaderas metáforas no se pueden traducir, porque ellas crean su sentido. Esto no quiere decir que no puedan ser parafraseadas, sino que tal parafrasis es infinita e incapaz de agotar el sentido innovador; 2) La metáfora no es un adorno del discurso. Tiene más que un valor emotivo porque nos ofrece una nueva información: nos dice algo nuevo sobre la realidad.

Este rasgo de la explicación que se construye en relación a la metáfora puede convertirse en un paradigma para la explicación de una obra literaria (de la metáfora al texto). Se produce sentido, en un texto, del mismo modo que producimos sentido (innovamos, creamos, enlazamos, etc.) con todos los términos de un enunciado metafórico.

¿Por qué necesitamos “construir” la significación de un texto? Son varias las razones de por qué hacemos “algo” con los textos, en el orden de construir significación. Por un lado, la relación del mensaje textual con la del lector es tan compleja como la relación del texto con el autor. Es una situación diferente a la situación de habla o de diálogo, puesto que solo uno de los miembros de la pareja habla por los dos. En el discurso hablado el mensaje va dirigido a alguien –a ti, la segunda persona-, en el discurso escrito el mensaje va dirigido a un lector desconocido y potencialmente a todo aquel que sepa leer.

Volvemos a una situación paradójica. El discurso está ligado a un soporte material, pero se vuelve más espiritual en el sentido de que es liberado de la situación dialogal común (frente-a-frente). El texto – expresa Ricoeur- es como una pauta musical y el lector como el director de la orquesta que sigue el movimiento de la notación. Un texto es un espacio de significación autónoma, sin la animación del autor, arrojado a la interpretación única del lector.

Por otro lado, un texto es algo más que una cosa escrita, es una obra, una totalidad singular. El texto tiene una plurivocidad que es distinta a la polisemia de las palabras individuales y de la ambigüedad de las oraciones individuales. Las obras complejas del discurso llevan en sí

esta plurivocidad textual y abre a las obras a una pluralidad de explicaciones:

(...) la reconstrucción de la arquitectura del texto adquiere la forma de un proceso circular, en el sentido de que la suposición de un cierto tipo de totalidad se sobreentiende en el reconocimiento de las partes. Y recíprocamente, es al interpretar los detalles cuando explicamos la totalidad. No hay ninguna necesidad, ninguna evidencia, por lo que atañe a lo que es importante y a lo que no lo es. El juicio de importancia es en sí mismo una conjetura. (Ricoeur 2006: 89).

Comprender un texto es el homólogo de la comprensión de un enunciado metafórico. Tanto en uno como en otro se trata de crear sentido, de “producir la mejor inteligibilidad global de un diverso aparentemente discordante” (Ricoeur 2008: 50).

En la metáfora y en la obra, la construcción toma la forma de una apuesta, en el sentido de resolver enigmas o conjeturar y proceder a validar esas conjeturas. Esa necesidad de hacer conjeturas sobre un texto tiene que ver con la autonomía semántica. Con la escritura, el sentido verbal de un texto ya no coincide con la intención del texto. Esa intención es lograda y abolida por el texto. El texto dejó de ser la voz del autor. El texto es un texto mudo. Tenemos que hacer conjeturas sobre el sentido del texto porque las intenciones del autor están más allá de lo que podamos alcanzar. Esa intención siempre será desconocida para nosotros, aún si el mismo autor la enunciara.

Se está más cerca de una lógica de la probabilidad que de una lógica de la verificación empírica. Validar no es verificar. La validación es en estos casos cercana a la disciplina argumentativa que se da en los procedimientos jurídicos, una lógica de incertidumbre y probabilidad cualitativa. ¿Cuál es camino de interpretación de la metáfora? Para ello es necesario que nos detengamos ahora en la cuestión de la comprensión del texto, a nivel de la interpretación, que nos dará las pistas para la comprensión de las metáforas. Esto es así porque hay ciertos aspectos del discurso que se activan cuando el discurso toma la forma de una obra literaria. Esos rasgos son los mismos que llamamos referencia y autorreferencia. Referencia se opone a sentido, ya que el sentido es el “qué” y la referencia es el sujeto del “qué” del discurso.

Lo primero que se complejiza aparece si partimos de la diferencia entre lenguaje escrito y lenguaje hablado. Los cambios más complejos que se presentan en el funcionamiento del discurso tienen que ver con su función referencial. En el discurso hablado tengo la posibilidad de mostrar la referencia, dentro de la situación dialogal común que existe, entre hablante y oyente. A través de gestos, signos, de los indicadores

ostensibles, puedo designar la referencia. Todas las referencias de la situación dialogal son situacionales.

En el caso de la escritura, se produce una transformación radical. La referencia de la situación dialogal se destruye en la escritura. El poema, el ensayo, la ficción, hablan de cosas, de acontecimientos, de estados de cosas, de paisajes o caracteres que son evocados, pero ya no están más allí. Se eclipsa totalmente la referencia, aunque para Ricoeur el discurso no puede dejar de ser acerca de algo, distanciándose así de la idea de texto absoluto, es decir, de la falacia que hace del texto una unión hipostática sin autor.

De una forma u otra, los textos poéticos hablan acerca de algo, pero ya no de un modo descriptivo. La referencia aquí no se clausura, sino que es dividida o fracturada. La desaparición de la referencia ostensible y descriptiva libera aspectos de nuestro ser en el mundo que no pueden decirse de una forma descriptiva directa, gracias a los valores referenciales de las expresiones metafóricas.

Lo que hay que ampliar, expresa Ricoeur, es nuestro concepto de mundo, que dé lugar a la dicción poética. Para Ricoeur el mundo es el conjunto de todas las referencias abiertas por los textos (poéticos o descriptivos) que hemos leído, comprendido y amado. Y entender un texto es interpolar entre los significados que hacen un mundo de nuestra situación o medio. Hay un ensanchamiento de nuestro horizonte existencial, y esta explanación del horizonte nos da lugar para hablar de las referencias abiertas por el texto o del mundo abierto por las afirmaciones referenciales de la mayoría de los textos.

El discurso no es otra persona, sino ante todo un “pro-yecto”, es decir, el esquema de una nueva forma de ser en el mundo. El discurso deviene pro-yecto al soltar las amarras que lo tienen religado al autor, a su auditorio originario y a los límites propios de la situación dialogal. La transformación de la referencia revela este destino del discurso como proyección de un mundo. Esto implica que la significación de un texto no es algo que está detrás y debemos apresar como único sentido. La significación es algo que está delante del texto, y esta idea es fundamental para el concepto de interpretación.

Lo que se da a comprender es lo que apunta hacia un mundo posible, en favor de las referencias no ostensibles del texto. Los textos hablan de mundos posibles y de nuevas formas de vivir o de posibles modos de orientarse en esos mundos. En palabras de Ricoeur, “Descubrir-abrir es el equivalente, para los textos escritos, de la referencia ostensiva para el lenguaje hablado. La interpretación deviene entonces la toma de las proposiciones del mundo abiertas por las referencias no ostensibles del texto” (Ricoeur 2008: 52).

Interpretar no tendrá que ver con esa empatía con el autor de la obra o la recepción del público original (transportarse a la vida espiritual

del otro). El concepto de interpretación se desplaza hacia el mundo que la obra despliega. Como dice Ricoeur:

Comprender es seguir la dinámica de la obra, el movimiento de lo que ella dice a aquel sujeto a propósito de cuál dice. Más allá de mi situación como lector, más allá de mi situación como autor, me encuentro a mí mismo en el modo posible de ser en el mundo que el texto abre y descubre en mí (Ricoeur 2008: 52).

Este es el modelo de interpretación que Ricoeur quiere trasponer de los textos, como secuencias largas de discursos, a la metáfora comprendida como un poema en “miniatura” (Beardsley).

Por un lado, este descubrimiento de un mundo y descubrimiento de sí mismo frente a este mundo pareciera no aplicarse para un discurso tan mínimo como el de la metáfora. Sin embargo, en esta dialéctica es posible descubrir ciertos rasgos de la metáfora que las teorías modernas parecen no tomar en consideración, pero que ya estaban presentes, por ejemplo, en la poética de Aristóteles.

En la poética Ricoeur encuentra que la metáfora es una de las “partes” (mere) de la “dicción” (de la lexis). Y la lexis es una de las partes (mere) de la tragedia. Es decir, para Aristóteles –dicho a grosso modo- la tragedia se compone de partes denominadas “lexis” que a su vez estas partes están constituidas también por metáforas. La forma tragedia, en el contexto de la Poética de Aristóteles, representa el nivel de la obra literaria tomada como un todo. La tragedia, en tanto que poema, tiene sentido y referencia.

En el lenguaje de Aristóteles, el “sentido” de la tragedia es asegurado por lo que él llama la “fábula” (el mythos); podemos entender por mythos de la tragedia su sentido, puesto que Aristóteles pone sin cesar el acento sobre sus caracteres estructurales; el mythos debe tener unidad y coherencia, y hacer de las acciones representadas “algo entero y completo”. Como tal, el mito es la “parte” principal de la tragedia, su “esencia”, todas las demás “partes” de la tragedia –los “caracteres”, los “pensamientos”, la “dicción”, el “espectáculo”- están religados al mito como los medios o las condiciones, o como la ejecución de la tragedia en tanto que mito (cf. Ricoeur 2008: 54).

La lexis toma sentido solo en relación con el mythos de la tragedia, y junto con la lexis, la metáfora. No hay una significación local de la metáfora por fuera de la significación del mythos de la tragedia. La metáfora está religada al “sentido” por medio de su mythos, y está religada a la “referencia” de la tragedia en su intención general, lo que Aristoteles llama mimesis.

Se usan palabras extrañas como “metáforas”, se escriben poemas, se crean fábulas y diversas producciones poiéticas porque la tragedia misma está ligada a un proyecto más originario: el de imitar las acciones

humanas de manera poética. El nivel referencial de la obra se compone de esta díada: mimesis y poesis.

La mimesis abarca las paradojas de la referencia. Expresa un mundo de acciones humanas que ya están allí, la tragedia está destinada a expresar las situaciones límites de la vida, la vida como tragedia, como trama y tensión, que pone al descubierto las búsquedas, los devenires y las pasiones de lo profundamente humano. Pero la mimesis no es copia de la realidad, sino reduplicación. La mimesis es poesis: creación, construcción, fabricación. Ricoeur ve en la mimesis la referencia no ostensiva de la obra literaria, la apertura- descubrimiento del mundo.

Si esto es así, ahora se puede hablar –en términos de Ricoeur- del poder de la metáfora. ¿En qué consiste este poder de la metáfora? De esa relación en el interior de la obra poética con la intencionalidad de la obra tomada como una totalidad singular, con su mimesis, es decir, con la intención de representar las acciones humanas más elevadas de lo que ellas son en realidad. “En este sentido el poder de la metáfora procede del poder del poema en tanto que totalidad” (Ricoeur 2008: 55)

El poema crea un mundo y requiere de un lenguaje que lo sostenga y potencie y exprese su poder creador. Poesis y metáfora como significación emergente se entrelazan y se dan sentido una a la otra: poema y metáfora. El acceso por la vía de la interpretación no anula la reciprocidad existente ni la tensión poética (productiva, creadora) entre una y otra.

La explicación de la metáfora como acontecimiento local del texto es solidaria y contribuye con la interpretación misma de la obra tomada como una totalidad singular. Podríamos incluso decir que, si la interpretación de metáforas locales es aclarada por la interpretación del texto como un todo y por la de simplificación del tipo de mundo que la obra proyecta, en cambio, la interpretación del poema tomada como un todo es controlada por la explicación de la metáfora, como fenómeno local del texto (cf. Ricoeur 2008: 56)

La metáfora traspone las significaciones del lenguaje ordinario en favor de empleos extraños. Hay una extraña y mutua afinidad –según ve Ricoeur- entre elevar las acciones humanas y llevar al lenguaje más allá de sí mismo. Se extraen significaciones nuevas porque hay mundos por-decir, mundos que proyectar, experiencias nuevas que llevar al lenguaje, cosas nuevas qué decir. No tendrían sentidos las creaciones del lenguaje si ellas no dejaran emerger nuevos mundos por medio de la poesía. De eso se trata (habría que pensar en la imaginación también) del poder de “abrir un mundo”.

Este poder va mucho más allá de la función de señalar y re-identificar lo que ya existe. Trasciende la función de referencia vinculada al lenguaje hablado. Aquí mostrar es, a la vez, crear una nueva forma de ser. La referencia, en este sentido, está en el lector, en la capacidad que

tiene éste de salir transformado a partir de del pro-yecto del texto. Interpretar es eso, es salir transformado. Por eso podríamos decir que las metáforas de un texto no ornamentan el texto si no que actúan como prismas de sentido o como una especie de órgano de percepción de nuevos excedentes de sentido, al tiempo que los descubre y los inventa.

Bibliografía

- Ricoeur, P. (2006) *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México-Buenos Aires-Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2008) *Hermenéutica y Acción. De la Hermenéutica del Texto a la Hermenéutica de la Acción*. Buenos Aires: Prometeo Libros.